

## AGENDA CIUDADANA

### LAS ANALOGIAS HISTORICAS

Lorenzo Meyer  
*"Aunque con frecuencia la analogía es engañosa, es lo menos engañoso conque contamos"* Samuel Butler

#### **El Razonamiento por Analogía.**

¿Es cierto que la presidencia de Ernesto Zedillo se encuentra en una situación no muy diferente a la de Madero en vísperas del golpe militar de 1913? ¿Tan grande es ya la debilidad del centro del sistema político mexicano? ¿Esta Victoriano Huerta tocando la puerta? Preguntas como las anteriores han sido formuladas recientemente en las páginas de opinión de la prensa mexicana y vale la pena ahondar en el tema.

El razonamiento por analogía -la similitud en algunos aspectos entre cosas o situaciones que en principio son distintas- ha sido desde hace mucho una de las vías transitadas por los analistas políticos. Pese a la enorme dificultad - imposibilidad- que tiene la ciencia política para predecir, el deseo de otear el futuro es irresistible. Y una forma de hacerlo es buscar en el pasado situaciones relativamente similares a las que nos preocupan en el presente, y con ese conocimiento intentar disminuir la incertidumbre sobre lo que nos depara el futuro.

#### **¿El Retorno de Madero?.**

Volvamos al punto de partida. Es evidente que la presidencia de Ernesto Zedillo se encuentra en una situación de debilidad relativa y que esa debilidad puede dar lugar a vacíos de poder que otras fuerzas intenten llenar. Esas fuerzas pueden ser legítimas y perfectamente aceptables: los partidos políticos -en

la medida en que no sean partido de Estado-, los poderes legislativo y judicial, las estructuras de gobierno estatal y municipal, las organizaciones no gubernamentales, los medios masivos de comunicación independientes, etcétera. Sin embargo, es igualmente cierto que hay otras fuerzas, poderosas y muy negativas, que pueden aprovechar la coyuntura y llevarnos a una involución: burocracias, camarillas montadas en recursos abundantes (grupo Atlacomulco, por ejemplo), caciques, narcotráfico, entre otros. La disputa por el futuro político mexicano es hoy real y encierra tanto posibilidades de progreso como peligros muy serios, pero ¿se asemeja a la que se vivió bajo Madero hace 82 años?.

En 1913 el presidente Francisco I. Madero -acusado de debilidad-, fue víctima de un golpe militar, asesinado y reemplazado por una brutal y corrupta dictadura militar que, a su vez, debió ser destruida por una revolución cuyo costo fue enorme y cuyas consecuencias de largo plazo no resultaron del todo positivas. ¿En lo anterior hay elementos que nos puedan ayudar a entender la coyuntura actual? Las diferencias entre 1913 y 1995 son muchas y significativas. Para empezar, esta lo obvio: Madero era la cabeza de un movimiento democrático que apenas estaba echando raíces y que llegó al poder gracias a una insurrección y a una movilización popular contra el autoritarismo. Madero era un líder carismático, profundamente comprometido con la democracia política, y que se jugó el todo por el todo en la lucha contra un régimen autoritario que aparecía a los ojos de los observadores

"razonables" -incluidos los gobiernos de las grandes potencias-, como fuerte, viable y deseable.

Pero hay más, de acuerdo con el profesor Stanley Ross, uno de los biógrafos de Madero, en 1913 el presidente ya había superado las dificultades mayores e iba en camino de la consolidación. En efecto, la oligarquía porfirista nunca logró la unidad que le permitiera actuar como un grupo contra Madero, y además, para inicios de 1913 el gobierno había logrado mantener la fidelidad del grueso del ejército y derrotado las insurrecciones militares conservadoras -Félix Díaz en Veracruz y Bernardo Reyes en el norte- y a la de su antiguo aliado revolucionario: Pascual Orozco; la rebelión zapatista en el sur estaba acotada. Las serias tensiones con Estados Unidos estaban a punto de disminuir, pues los republicanos habían perdido las elecciones a manos de un reformista: Woodrow Wilson, cuyo proyecto -la "Nueva Libertad"- era compatible con el de Madero.

Si finalmente Madero cayó, no fue tanto por una debilidad congénita, por una crisis estructural como la que hoy vivimos. En realidad su ruina fue básicamente producto de la mala fortuna. Al estallar el 9 de febrero de 1913 en la Ciudad de México la rebelión militar antimaderista -que sólo involucró a una pequeña parte del ejército-, el jefe de la guarnición de la plaza, general Lauro Villar, permaneció fiel, retomó Palacio Nacional y cercó a los rebeldes. Sin embargo, resulta que justo entonces la fortuna abandonó a Madero: el general Villar, herido, tuvo que ser reemplazado y el presidente puso en su lugar al primer general importante con el que se topó: Victoriano Huerta, el

vencedor de Orozco pero profundamente resentido con Madero. Si el general Villar no hubiera sido herido y hubiera sido reforzado por el general Felipe Angeles, muy probablemente los jefes insurrectos hubieran muerto en combate -como el general Bernardo Reyes- o fusilados -como el general Gregorio Ruiz.

La presidencia de Ernesto Zedillo no es producto de un esfuerzo similar al de Madero. Su meta no es destruir el autoritarismo del que él mismo es producto, sino administrarlo en tiempos que ya no le son propicios. La crisis de este autoritarismo es estructural e irremediable, la del maderismo no.

#### **Una Analogía Alternativa.**

Si de analogías se trata, entonces se pueden explorar otras. En realidad, la etapa en que se encuentra hoy el régimen, tiene más puntos de similitud con el de los últimos tiempos de Díaz que con los de Madero. Es verdad que el porfiriato era un sistema donde el poder estaba personalizado y no institucionalizado como es hoy el caso, pero en ambos ese poder tenía como centro una presidencia sin contrapesos y montada en una estructura osificada. Ese no fue el problema de Madero, él buscaba arraigar un sistema distinto, nuevo, lo que, como señalara Maquiavelo, es la operación política más difícil de todas. Lo que esta en la raíz de la crisis política actual no es el dolor del parto de un mundo nuevo y lleno de energía, como el maderista, sino el esfuerzo de lo viejo para dar con el secreto de cambiar para permanecer. No olvidemos que el presidente Zedillo se acaba de identificar públicamente con el PRI y con su historia, una

historia que es muchas cosas, menos democrática, y que a pocos debería enorgullecer.

Igual que en la última etapa del porfiriato, hoy el sistema político autoritario enfrenta a una oposición partidista real que pese a los enormes obstáculos, ha echado raíces. Sin embargo, el poder presidencial de ahora como el de entonces, no fue diseñado para competir lealmente por el voto y asentar ahí su legitimidad. En el ocaso porfirista, al igual que en los tiempos que hoy corren, el problema para quien estaba al frente del régimen era tratar de contener con estructuras políticas obsoletas a una sociedad que había cambiado mucho en relación a los orígenes. En la actualidad, como hace 90 años, en la élite del poder prevalece la idea de que los pocos pero ilustrados -los "científicos" entonces, los tecnócratas hoy- pueden y deben tomar por sí y ante sí, aunque en nombre de las mayorías, las decisiones fundamentales. Y la lista de similitudes puede continuar pero la falta de espacio no lo permite.

### **¿1995 es similar a 1923?**

Las analogías pueden moverse a otros momentos. Por ejemplo, a 1923, cuando el apoyo político abierto pero condicionado de Washington al gobierno del general Alvaro Obregón, le ayudó a superar una crisis muy seria. Es verdad que esa crisis no era económica como la de hoy, pero igual que hoy, la vida del gobierno dependía de su solución.

Como se recordará, fue hace 72 años, en 1923, cuando se firmaron los famosos convenios de Bucareli. Entonces, el gobierno del general Alvaro Obregón estaba enfrascado en una lucha contra

el tiempo: se venía encima la sucesión presidencial y se sabía que eso iba a provocar una división del grupo gobernante; se podía predecir sin dificultad una nueva rebelión. Obregón debía asegurar que esos rebeldes no encontraran apoyo en Washington. Sin embargo, para tener a la Casa Blanca de su lado, el presidente mexicano necesitaba normalizar las relaciones con Estados Unidos suspendidas desde 1920, y para ello era necesario someterse a una serie de condiciones que demandaban las fuerzas conservadoras: el presidente Warren Harding y los republicanos. Ahí está la similitud con la situación actual.

Las condiciones impuestas en 1923 por el exterior fueron duras. A través de Fernando González Roa, Obregón las negoció por meses -de mayo a agosto-, pero al final tuvo que aceptarlas. Entonces como ahora, se llegó a un acuerdo que no pasó por los respectivos congresos. En virtud del "pacto extraoficial" se limitó la capacidad del gobierno mexicano para llevar adelante la reforma agraria y para dar un sentido radical a la reforma petrolera contenida en el artículo 27. La otra parte del acuerdo le obligó a aceptar la creación de dos comisiones de reclamaciones para atender las quejas norteamericanas sobre los daños sufridos por sus conciudadanos en México desde 1868 y, en especial, durante la revolución. Logrado el acuerdo, el gobierno norteamericano le dio efectivamente todo su apoyo a Obregón para salir adelante en su crisis: la rebelión delahuertista. En resumen: límites a la soberanía mexicana a cambio del apoyo norteamericano.

Otra analogía se puede encontrar con el gobierno de Pascual Ortiz Rubio; en esa ocasión, la sombra de Plutarco Elías Calles y el atentado que el presidente sufrió justamente al tomar el poder, el 5 de febrero de 1930, le debilitaron tanto que nunca llegó verdaderamente a gobernar y tuvo que renunciar.

### **El Meollo del Problema.**

Se compare a Ernesto Zedillo con Madero o con el Díaz de finales del régimen, con Obregón o con quien sea, una cosa queda clara: el debilitamiento rápido de lo que fue uno de los sistemas presidenciales más fuertes del mundo, puede crear para la sociedad mexicana tantos o más problemas de los que le resuelva. Por ello, es indispensable asegurar que hoy no se traslade el poder presidencial a actores más duros e irresponsables, como son las camarillas o los cacicazgos. Hay que evitar a toda costa los finales catastróficos a lo Díaz o a lo Madero, la pérdida de soberanía que afectó a Obregón y también se deben de impedir maximatos como el que terminó con Ortiz Rubio. Necesitamos, en fin, una presidencia que no busque recuperar lo perdido, pero a la que le quede el poder suficiente para llevar la nave del Estado a un buen puerto, a uno donde haya un verdadero sistema de partidos, división de poderes y una economía viable. El reto es formidable.